





ROTH, Murray

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Cívil. Española de Librería - Barbrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM 614

Chinatown Squad, 1935

INTRIGA CHINA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran artista

LYLE TALBOT

Narración literaria: Dr. F. JIMÉNEZ

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

REPARTO

× Ted Lacey LYLE TALBOT
• Janet Baker VALERIA HOBSON
George Mason Andy Devie

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

OHs HARLAN ☒
Edward Earle
James Flavin (24-6-36)

PRIMERA PARTE

Janet Baker tenía sobrados motivos para odiar a Luis Raybold, no obstante, cuando recibió el telegrama anunciándole el fallecimiento de este último y rogándole su asistencia a los funerales, no pudo reprimir un sentimiento de vaga tristeza. Janet había sido la novia de Raybold, le había amado apasionadamente, pero al descubrir la baja calidad moral de su prometido, todo su amor se había trocado súbitamente en desprecio. Pero ahora todo había cambiado. Raybold ya no era de este mundo, y había que acordarse del precepto cristiano "Paz a los muertos..."

Sin embargo... Raybold no había muerto. Alguien, tal vez el mismo, había tenido el humor macabro de anunciar la nueva de su fallecimiento, mandando aquel telegrama.

"Señorita Janet Baker:

Hotel Madison.

Los Angeles (California).

Raybold asesinado, Stop. Esperamos a usted para el funeral,

George Mason

Secretario."

Y he aquí que el mismo George Mason, el que aparentemente había mandado el telegrama, acudía a abrir la puerta a Janet Baker, que había hecho el viaje directo de Los Angeles a San Francisco, para rendir un homenaje póstumo al hombre que fué su novio, que había considerado más tarde como su enemigo, y que creía que no era ahora más que un despojo...

—¿Es usted el secretario del señor Raybold? — inquirió la joven al entrar en la casa.

—Soy el secretario y criado, todo en una pieza.

—Recibí su telegrama anunciándome la muerte de Raybold y rogándome la asistencia a los funerales...

—¿Qué está usted diciendo, señorita? — inquirió el secretario sorprendidísimo.

—¿No es usted Mason? ¿No fué usted quién telegrafió diciendo que había muerto asesinado?

El secretario pareció vacilar unos instantes; luego, rascándose la cabeza, repuso sonriendo:

—Un momento, señorita... Voy a participar a mi amo la noticia de su asesinato. Si tiene usted la bondad de esperar un minuto.

Salió el criado y entonces la joven se dio cuenta de que acababa de ser víctima de un engaño. ¿No habría sido el propio Raybold, el autor de aquel bromazo? Raybold, que desde hacía dos meses venía mandándole, carta tras carta, suplicándole que regresara a San Francisco, y que había tal vez acudido a aquella añagaza para atraérsela de nuevo.

Janet se encogió de hombros. Fuese como fuese, estaba decidida a no ceder lo más mínimo. No se arrepentía de haber venido a aquella casa. Tenía algo muy importante que rescatar en ella. Unas cartas, unas cartas un poco comprometedoras, que había cometido la locura de mandarle últimamente a Raybold...

Aprovechó la ausencia del criado, para correr a la mesita escritorio y abrir unos cajones con ánimo de registrarlos. Su pesquisa fué infructuosa. Raybold debía conservar las cartas a buen recaudo, y Janet comprendió que sería necesario pedírselas personalmente si quería obtenerlas...

Encima de la mesita escritorio había una

tarjeta, en la que Raybold había escrito de su puño y letra:

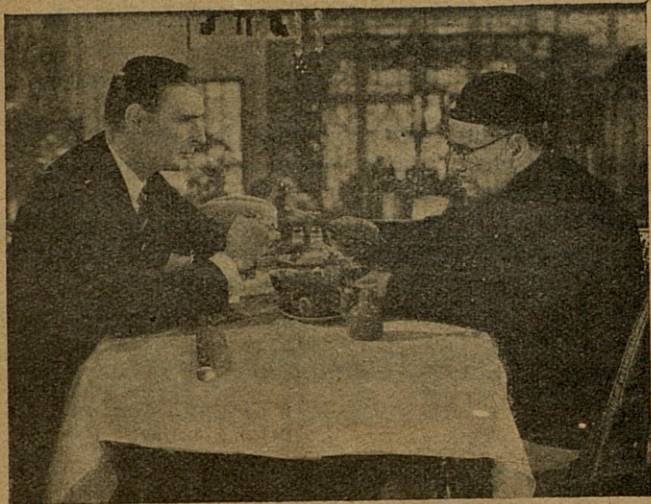
Hoy. Cenar con Ward. Café Pekín, a las 7'30.

Janet no quiso saber más. Iría al café Pekín a entrevistarse con su antiguo novio, a suplicarle, a exigirle si fuera necesario, la devolución de las cartas. Corrió hacia la puerta, la abrió, y antes de que Mason hubiera vuelto, Janet ya estaba en la calle.

* * *

El barrio chino de San Francisco, es sin duda la atracción más interesante y original de la populosa ciudad americana. Podría decirse casi que es una ciudad, dentro de otra gran ciudad, ya que el número de sus habitantes, chinos casi todos, pasan de 15.000.

En aquel barrio tan pintoresco como misterioso tenía establecida su sede el no menos misterioso Raybold, cuyos negocios turbios eran de todos conocidos. Algo debe haber de



Confía nos en que habrá correspondido honradamente
a nuestros sacrificios.

cierto en el dicho popular que atribuye a los chinos la cualidad de dejarse engañar fácilmente, puesto que la una buena parte de los habitantes del barrio chino habían tenido la candidez de confiar a Raybold una de las misiones más delicadas. La de la adquisición de aeroplanos para los revolucionarios de China, entregándole confiadamente la fabulosa suma de 75.000 dólares.

Raybold llevaba siempre en el dedo anular de su mano izquierda, un extraño anillo. Un anillo de jade, que aparentemente era de un escaso valor monetario. No obstante, para Raybold, la posesión de aquel anillo representaba mucho. Era nada menos el que le confería el título de delegado en San Francisco del ejército revolucionario de la lejana y misteriosa China. Bien lo sabían Lee, el dueño del café Chino, en donde Raybold se había dirigido aquella tarde para cenar con su amigo, y otros chinos prominentes de la colonia del barrio. Era aquel anillo el que le había proporcionado los 75.000 dólares que aquellas almas cándidas habían puesto incautamente en sus manos, y la mitad de los cuales habían sido empleados en negocios turbios y manejos particulares, en lugar de la compra de aeroplanos.

Llegó Raybold. Lee fué a saludarlo ceremoniosamente, haciendo un sin fin de reverencias, según los ritos orientales de sus antepasados, y...

—Confiamos en que habría correspondido honradamente a nuestros sacrificios monetarios — interrogó Lee, cuando las reverencias hubieron terminado.

—Pierde cuidado, Lee; mañana embarco para la China, y pronto tendréis ocasión de cercioraros de que he prestado a vuestra patria servicios incalculables. Los aviones son

excelentes; además, llevo conmigo unos planos que pueden resultar de un interés extraordinario...

—Mucho cuidado con esta sortija, señor... En malas manos podría hacernos mucho daño.

—Descuida, Lee; la cuidaré bien, por la cuenta que me tiene...

El encargado del teléfono vino a anunciar a Raybold que un individuo apellidado Palmer quería hablarle. Raybold se apresuró a acudir a la llamada telefónica.

—No seas tonto, Palmer — se le oyó decir a través del hilo telefónico—. Claro que tengo intención de darte tu parte, pero no ahora... Cuando regrese de China ya nos veremos...

Colgó el receptor, y, dirigiéndose a uno de los camareros, ordenó:

—Quiero un reservado. Estoy esperando a un amigo; y no me hagan esperar demasiado para la comida.

—Lo serviré en seguida, señor.

—Muy bien. Y en cuanto lo haya servido, no vuelvan a molestarnos para nada.

Entró Raybold en el reservado. Un minuto después empezaron a servirle la cena. Por lo visto, el convidado se había olvidado de la cita. Quong, el criado chino, se retiró luego discretamente.

SEGUNDA PARTE

Entretanto, el restorán había ido animándose. Gentes de todas razas acudían allí: unos a tomar sus cenas frugales, otros a saborear el riquísimo té preparado por las manos expertas de los criados chinos. Entró Janet, revelando un gran nerviosismo; entró luego un grupo de turistas, capitaneados por Ted Lacey, el simpático y dinámico Ted Lacey, que perteneciera un día a la policía, y se dedicaba ahora a pasear a los turistas en un gran autocar, por la ciudad inmensa, con la inevitable visita al barrio chino.

No había transcurrido más de media hora desde que Raybold penetrara en el reservado, cuando su secretario Mason, entró en el restorán como una tromba.

—¿Está el señor Raybold? — preguntó a uno de los camareros.

—Sí, pero tenemos órdenes severas de no dejar entrar a nadie en su reservado. Ordénesle que se vaya.



Ted Lacey había pertenecido a la policía.

—Esto no reza conmigo. Soy su secretario...

Y diciendo esto, Mason apartó al camarero que intentaba barrarle el paso y se dirigió resueltamente al reservado en donde se hallaba Raybold.

Casi en seguida se le vió salir de allí pálido y demudado, gritando:

—¡Raybold ha sido asesinado!
Hubo un gran revuelo en el *restaurant*. Gri-

tos de mujeres, corridas, desmayos; sólo los rostros exóticos y misteriosos de los chinos permanecieron impassibles. Acudió la policía inmediatamente, y por primera providencia, procedieron a prohibir la salida de ninguna de las personas que se hallaban en el *restaurant* en el momento de ser cometido el crimen.

Algunos, los más curiosos se acercaron al reservado que ocupaba Raybold y pudieron ver el cuerpo de éste, sentado en una silla; la cabeza reclinada sobre la mesa, contraído el rostro por la mueca de la muerte.

El crimen había sido cometido en una forma silenciosa y rápida, ya que, a fin de no ser descubierto, el autor no había disparado ningún tiro sobre su víctima, sino que se había limitado a hundirle un puñal en el corazón. La muerte había sido instantánea... y silenciosa, que esto era, al fin de cuentas, lo que interesaba al asesino.

Uno de los de la policía que había acudido al *café Chino*, era el sargento Macleasch, antiguo compañero de trabajo de Lacey, pero a la vez su enemigo irreconciliable. Ahora, después de tiempo de no verse volvían a encontrarse de nuevo en el lugar del crimen. Macleasch, luciendo sus galones de sargento; Lacey, de uniforme también, pero no de la policía, sino de *cicerone* de una compañía de turismo.

Macleasch se opuso en un principio a que los turistas que iban con Lacey salieran del café; pero accedió al fin a las súplicas de éste, que juraba y perjuraba que en el momento de cometerse el crimen todos los turistas se hallaban agrupados a su alrededor, bajo la promesa formal de que le daría más tarde el nombre y las direcciones de todos ellos, por si necesitaban ser llamados a declarar.

En el momento de salir, se dió cuenta Lacey de que una mujer, que había estado dando muestras de gran agitación, intentaba adherirse al grupo de turistas para salir del café más fácilmente. Iba vestida de luto riguroso y su bello rostro demostraba un gran sufrimiento. Lacey no dijo nada; la dejó pasar, y sólo cuando subieron al autocar, se atrevió a preguntarle cómo se llamaba y en dónde vivía.

—Me llamo Janet Baker. ¿Me lo pregunta usted para la policía? — preguntó la joven un poco turbada.

—Para la policía... y para mí — repuso él sonriendo—. Pienso visitarla. Pero antes permítame que me presente también: me llamo Ted Lacey.

La policía, en tanto, proseguía sus investigaciones en el lugar del crimen.

—¿Quién fué el último en entrar en el reservado? — preguntó uno de los agentes.

—Un tal señor Mason: dijo que era su secretario. Fué él el primero en anunciar el crimen; salió corriendo del reservado diciendo que Raybold estaba muerto, y antes de que pudiéramos detenerlo huyó a la calle.

Empezó entonces un registro detenido de toda la casa, y después de unos minutos de pesquisas infructuosas, Macleasch descubrió oculto en uno de estos cestos que se emplean para guardar la ropa sucia, a un hombre que parecía presa de un pánico insuperable. Interrogado debidamente, confesó llamarse William Ward, y ser un catador de té. Confesó también no conocer en absoluto a la víctima, y trató de explicar su presencia allí y su extraña manera de conducirse, escondiéndose en el interior del cesto, achacándolo a su cobardía innata.

El asesinato de Raybold parecía envuelto en el misterio más absoluto.

No tardó en aparecer por el café otro individuo que dijo llamarse Claude Palmer y estar citado allí con Raybold. Cuando le fué notificado el asesinato de este último, apenas si quería creerlo.

—¿Es posible? — dijo consternado—. ¡Si no hace media hora estuve hablando con él por teléfono! Raybold era agente de los comunistas de Fuchow — dijo, por fin, y este señor — señalando a Ward, que había con-

fesado un minuto antes no conocer a la víctima — era amigo suyo ...

— ¡Conque amigo! ¿eh? — dijo el agente — y, llamando a uno de sus subordinados, le ordenó:

— Llévese a éstos a la jefatura.

El autocar de turistas había seguido su ruta. Ahora había llegado a la central telefónica del barrio chino, y Lacey estaba contando a los asombrados turistas, como casi todos los telefonistas ocupados en aquella central, conocían, además del inglés, siete u ocho dialectos chinos.

Wanda, la hija del propietario del café Chino, en donde se había cometido el crimen, y gran amiga de Lacey estaba empleada allí, y puso a éste en conocimiento de que unas horas antes Raybold, había recibido dos comunicaciones urgentes desde Pekín.

Lacey estaba interesadísimo en todo aquello. El instinto de su antigua profesión de policía volvía a despertarse, y de buena gana habría dejado a todos aquellos turistas abandonados a su suerte para irse a olfatear de nuevo al café en donde se había cometido el crimen.

TERCERA PARTE

No cabía la menor duda de que Janet estaba interesadísima en recobrar las cartas que un día dirigiera a Raybold, porque aquella misma noche, valiéndose de la escalera de fuego, se introdujo temerariamente en la que fué suntuosa mansión de este último.

Apenas había empezado a investigar, cuando hubo de detenerse y correr a esconderse en el cuarto contiguo. La policía acababa de entrar en la casa para hacer una investigación.

Cuando, después de haber buscado inútilmente en los cajones y armarios del saloncito, y el escritorio entraron en el cuarto de Raybold se vieron grandemente sorprendidos por la presencia de una mujer, que, tendida indolentemente en la cama, parecía dormir a pierna suelta. Era Janet, que había

tenido que apelar a aquel subterfugio para no verse descubierta.

—Soy la novia de Raybold — dijo a los que la interrogaron —, y estaba citada con él esta noche en su casa. Teníamos que casarnos mañana.

—Raybold fué muerto, hace algunas horas, en el café chino — aclaró brutalmente uno de los policías —, y como, según noticias, se proponía embarcar esta misma noche para China, todo hace suponer que la había engañado a usted, si es verdad que iban a casarse mañana...

Como ninguna sospecha parecía recaer sobre la joven, ésta pudo salir libremente. No obstante, por vía de precaución, la policía le hizo dejar su nombre y dirección, por si, dada su calidad de prometida de la víctima, podía dar alguna luz encaminada a esclarecer el asesinato.

Macleasch, acompañado de dos agentes, se dispuso entonces a visitar el camarote que había adquirido Raybold en el buque que zarpaba aquella misma noche, y ¡cuál sería la sorpresa de éstos al ver que el camarote señalado por el camarero como el perteneciente a Raybold, estaba ocupado por otro hombre!

—¿Es éste su camarote? — preguntó el agente.

—Sí, señor.

—Déjeme ver su pasaporte, en nombre de la ley. ¿Conque George Mason, el secretario de Raybold, eh? Su presencia aquí tal vez nos dé la clave del asesinato.

—No tengo nada que ver con eso, se lo aseguro.

—¿Entonces, por qué esta huida precipitada?

—Embarco por obligación. Me contrataron para armar unos aeroplanos que hay a bordo.

—Ya no tendrán necesidad de sus servicios, porque estos aeroplanos serán desembarcados. Y en cuanto a usted, tenga la bondad de acompañarnos a la jefatura.

Llegados allí, Mason, que seguía haciendo vivísimas protestas de inocencia, confesó haber recibido aquel mismo día la visita de una mujer enlutada, confesando haber recibido un telegrama, según el cual Raybold había muerto y se reclamaba su presencia en los funerales... Otro sujeto sospechoso para la policía... Era necesario buscar a la mujer enlutada.

La joven enlutada, viendo que empezaba a encontrarse seriamente comprometida, había acudido a pedir ayuda a aquel joven que tan bien se portara con ella ayudándola a salir del café chino. La mujer no era otra que Janet Baker; el hombre, ni que decir tiene, era Ted Lacey, quien, siempre galan-

te con las damas, y sobre todo cuando eran jóvenes y bonitas, le prometió, solamente, ayudarla.

Macleasch se acordaba ahora perfectísimamente de que una mujer enlutada y muy parecida a la descripción que Mason había hecho de lo extraña visitante, se hallaba en el café en el momento en que llegó la policía, y había salido con el grupo de turistas que capitaneaba Lacey. A casa de Lacey se fué, pues, para ver si éste podía informarle. Precisamente, en aquel mismo momento estaba la joven en el departamento del ex policía, pidiéndole ayuda. Lacey se apresuró a ocultarla, y prometiéndole solemnemente a su ex compañero acompañarlo hasta la casa de la joven, salió con él de la casa. El caso era apartarlo de aquellos "peligrosos lugares".

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

**Precio
UNA pa.**

CUARTA PARTE

Janet había confesado a Lacey que el apellidado Ward, estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo; desde que Raybold y ella eran novios, y se había peleado con este último precisamente por este motivo.

El fino olfato de Lacey le hizo presentir que aquel era el primer eslabón de la cadena que había de conducirle al descubrimiento del crimen.

Aquella misma noche, de regreso a su casa, dormía Lacey tranquilamente, cuando una mano alevosa echó en el interior del cuarto del joven ex policía, un petardo, que, al estallar, le produjo el susto consiguiente. Despertó el joven sobresaltado, y entonces vió en el suelo un papel en el que se leía:

"Si vuelve a meterse con Janet Baker y el asesinato de Raybold, no nos contentaremos con pólvora sola."

Aquella advertencia tuvo la virtud de avivar más y más los deseos de Lacey de "meterse en aquel fregado". O él descubría el autor del crimen, o dejaba de llamarse como se llamaba.

A fe que sus servicios eran necesarios, porque el misterio que envolvía el asesinato de Raybold se iba complicando a cada momento.

Ahora era Lee, el chino, propietario del café en donde se había cometido el crimen, el que había desaparecido. Había un detalle que podía echar tal vez alguna luz sobre el asunto, explicando, en cierto modo, el móvil del crimen, y era que la sortija de Raybold había desaparecido. Una mano misteriosa, la misma, seguramente, que cometiera el crimen, había sacado la sortija del dedo de la víctima. Este detalle, era para Lacey de capital importancia. Otro detalle, no menos importante: la cartera de Raybold había desaparecido.

Janet persistía en su idea de recobrar las cartas. Tenía la casi seguridad de que la víctima las llevaba consigo en el momento en que se cometió el crimen, y la idea de que ellas estuvieran ahora en poder del criminal la aterrizzaba. Janet le había confesado sinceramente a Lacey el motivo de su miedo. Raybold y ella, además de prometidos, habían sido socios. Ella, confiada en su caba-

lerosidad, le había entregado una importante suma de dinero, que, más tarde, al enterarse de los negocios sucios a que Raybold se dedicaba, había intentado recuperar, pero infructuosamente. Entonces, había recurrido a las amenazas, escribiéndole algunas cartas en las que le decía estar dispuesta a todo, si no accedía a devolverle el dinero injustamente retenido. Si ahora estas cartas caían en poder de la policía, Janet podía verse comprometida grandemente.

Entonces se le ocurrió la idea de disfrazarse de china, a fin de no ser reconocida, y de esta manera poder investigar en el barrio en donde se había cometido el crimen. Tenía un presentimiento de que Lee, el dueño del café, sabía algo, es decir, había sido cómplice e inductor del asesinato. Seguramente él y sus compañeros, habían llegado a saber el mal uso que Raybold hiciera de la confianza que en él habían depositado y decidieron castigarlo eliminándolo fríamente.

También Lacey había ido a merodear por aquellos alrededores, y al ver a la hermosa chinita entrando en el café, no pudo menos de hacer un gesto de sorpresa. Esta le sonrió y entonces Lacey la reconoció inmediatamente. Vió que ésta se dirigía al mostrador, que hablaba ansiosamente con Ling, uno de los hombres de confianza de Lee, que éste, después de hacer muchos gestos y aspavimen-

tos le volvía la espalda, y que entonces, la aparente chinita, se colaba de rondón en el interior de la casa. ¿Qué iría a buscar allí la joven? — se preguntaba Lacey estupefacto.

Lo que iba a buscar Janet, es decir, a quien a buscar, era al dueño de la tienda, que aparentemente había desaparecido; pero que, en realidad, se hallaba bien oculto en el interior de su casa.

El criado, al ver que la joven chinita, sin hacer caso de sus palabras, se introducía en la casa, decidió seguirla.

—Puesto que usted se empeña en ver al señor Lee — le dijo —, le conduciré hasta él; pero atégase a las consecuencias.

—No tardaron en hallarse en presencia de Lee. El chino, hermético y grave, sin mostrar la más mínima sorpresa bajo su máscara de asiático, inquirió:

—¿Qué desea usted de mí?

—Ciertas cartas que tenía Raybold y que tengo sobrados motivos para suponer que se hallan en su poder... desde el día del crimen.

—Nada sé de las cartas — dijo el chino impasible —; pero ya ve usted cómo he accedido a entrevistarme con usted. Ahora bien: no me conviene que la gente sepa dónde me hallo, y para evitar que usted hable, me veré obligado a retenerla a usted

aquí. Además, quiero averiguar lo que usted sabe de nuestros asuntos de Fuchow.

Lacey estaba esperando pacientemente la salida de la joven. Pasó un cuarto de hora, media hora; la supuesta chinita no salía. Lacey creyó llegado el momento de intervenir. Intentó entrar en la casa del chino, pero uno de los criados se lo impidió. Pero dejaría de llamarse Lacey, si no consiguiera sus propósitos. Aprovechando un descuido de uno de los criados que estaban vigilando una puerta que había al extremo del restaurant, Lacey logró introducirse en la casa. Fué avanzando con grandes precauciones por una red de misteriosos corredores, hasta llegar a un extremo apartado. Aplicó el oído; le había parecido oír un débil gemido, salido de una garganta femenina. Lacey empezó a buscar febrilmente, tanteando las paredes. Sus manos ávidas apretaron un resorte, y una puerta se abrió misteriosamente.

En medio de la estancia, atada y amordazada, se hallaba una chinita, que Lacey reconoció en seguida como la misma que un buen rato antes había sido introducida en la casa. La chinita era Janet, y ni qué decir tiene que el joven se apresuró a desatar sus ligaduras...

Pero allí estaban los satélites de Lee para complicarle la huída. Uno de ellos, al darse cuenta de que los dos jóvenes pretendían eva-



Un certero puñetazo de Lacy lo dejó en el sitio.

dirse, corrió hacia ellos con ánimo de impedirse, pero un certero puñetazo de Lacey le dejó en el sitio. Uno tras otro fueron cinco los chinos que cayeron bajo el puño certero de Lacey antes de que los dos jóvenes pudieran lograr alcanzar la puerta; pero una vez allí, no hubo nadie que pudiera detenerles.

Entretanto, Lee debía tener una misión secreta de gran importancia para que se deci-

diese a abandonar su escondrijo y embarcara en el vaporecito que hacía la travesía del río, a la otra orilla del cual le esperaba, sin duda, algún personaje de mucho relieve. Lee lucía en su dedo anular el extraño anillo de jade que fué sacado misteriosamente de manos de Raybold la noche del crimen. ¿Cómo y de qué manera había podido aquella joya llegar hasta sus manos? Nadie habría podido decirlo; pero sí podía afirmarse que la posesión de aquel amuleto debía traer desgracia, puesto que antes de que terminase la travesía, una mano misteriosa acabó con los días y con las intrigas del chino, matándole; y los pasajeros del vaporecito vieron de pronto, con el pánico consiguiente, flotar sobre las aguas el cadáver del asiático. Detalle curioso: cuando fué recogido el cadáver éste no lucía ya la joya funesta.

Lacey se había prometido a sí mismo descubrir el autor del crimen, y cuando él se prometía una cosa a sí mismo debía cumplirla. Todo lo contrario de cuando se la prometía a los demás. Entonces, muchas veces prefería olvidarse de ella.

Había una circunstancia que no parecía muy clara todavía, y era la real o supuesta culpabilidad de Lee en el crimen. Es cierto que se hallaba en posesión del anillo, pero podía muy bien ser que, al saber la muerte de Raybold se hubiese apresurado a robár-



Una vez en la puerta no hubo nadie que pudiera defenderles.

selo, sabiendo la importancia que éste tenía, y a fin de que nadie hiciese uso de ella, cosa ésta que podía ser funesta para sus planes, puesto que Lee estaba en estrecho contacto con los revolucionarios de Fochuw. Si Raybold había recibido aquella misma noche una gran cantidad de dinero de Lee para que lo entregase personalmente a los revolucionarios, si este dinero había desaparecido del

bolsillo de Raybold cuando éste apareció muerto, no cabía duda de que el móvil del crimen había sido el robo... y Lee no podía tener interés alguno en robar a Raybold una cantidad que él mismo le había entregado...

Mason y Palmer habían sido libertados por no resultar cargo alguno contra ellos. Lacey sospechaba de los dos. Tanto podía haber sido Mason como Palmer... Lacey decidió emplear un método infalible. Empezó primero con uno de aquellos interrogatorios a los que acostumbraba a someter la policía a los presuntos delincuentes.

Mason siguió negando obstinadamente. Siguió repitiendo una y mil veces que era inocente. Palmer afirmaba también su inocencia, pero estaba tembloroso, pálido... Los ojos astutos de Lacey no le perdían de vista.

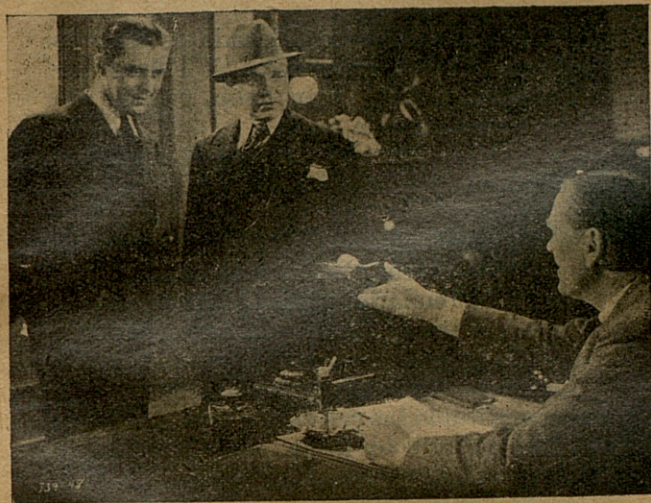
—¿Por qué no confiesan ustedes? — les dijo—. Si confesasen, tal vez logran salvar el pellejo. De una manera u otra la policía terminará por averiguarlo. Si el asesino no ha confesado, puede que se vaya a la silla eléctrica.

—Soy inocente — seguía repitiendo Mason indignado —; que me lleven a la silla eléctrica, si quieren, pero juro que no maté a Raybold; le debía muchos favores y, aunque él no fuese un hombre muy recomen-

dable, nunca habría sido capaz de tocar un solo pelo de su ropa. No quería decirlo para no comprometerle; pero, puesto que se me acusa, me veo obligado a confesarlo. Palmer era amigo de Raybold, pero últimamente disputaron por no sé qué referente a una suma de dinero. Raybold se salió con la suya, pero Palmer juró vengarse...

—Probablemente tendría sus razones para matarlo...

Palmer estaba deshecho. La confesión de Mason acababa de asestarle un duro golpe. Un pequeño esfuerzo más y, si es verdad que era el asesino, cantaba de plano... como no tardo en hacerlo. El se había introducido sin que nadie le viera en el reservado que ocupaba Raybold aquella noche, le había exigido la suma de dinero: pero Raybold se había negado a dársela; luego, en un acceso de rabia, le había clavado el puñal, y, registrando los bolsillos de su víctima se había hallado con la desagradable sorpresa de tener que comprobar que, en efecto, el dinero no estaba allí... sólo un paquete de cartas, y algunas cosas de poco valor. Más tarde había pensado que tal vez habría logrado algo de haberse apoderado de la misteriosa sortija de jade que Raybold llevaba como delegado de los comunistas chinos; pero la sortija ya estaba en poder de Lee, quien, al darse cuenta del crimen, se había apresurado a sacarla del



Para el joven, el mejor premio era su restitución a su puesto de sargento de policía.

dedo de la víctima... Cuando un hombre se ha lanzado por la pendiente del crimen, ya no vacila ante nada; ni aun ante otro crimen, con tal de lograr sus propósitos. La posesión de la sortija era lo único que no habría podido hacer estéril el asesinato de Raybold, puesto que representaba el ganarse la confianza de los entusiastas de la causa comunista en el barrio chino, ya que su posesión

implicaba un cargo de delegado de éstos en la ciudad de San Francisco... Y Palmer había matado a Lee, quien había pagado con la vida su acceso de celo.

Lacey había sido el único que había visto claro en el asunto, y que había seguido una pista certera. A él, pues, más que a ningún otro, se debía el éxito obtenido en la empresa de capturar al asesino de Raybold; había que premiarlo, y para el joven, el mejor premio era su restitución a su puesto de sargento de policía... y el amor de Janet.

Lacey consiguió ambas cosas..., después de haber restituido las cartas que esta última escribiera a Raybold y que tanto esfuerzo le habían costado conseguir.

FIN

NIÑOS!!

Biblioteca de Aventuras Mickey

Dos historietas en cada libro, ilustradas con dibujos inéditos de **WALT DISNEY**

Amena traducción de MARIA LUZ MORALES

Tomo primero: **MIKEY Y SU JAZZ - MIKEY BOMBERO**

Tomo segundo: **MIKEY CAZADOR - MIKEY TAXISTA**

Precio de cada ejemplar: **1'50 pesetas**

Pedidos: **Editorial "ALAS"-Ap.º 707-Barcelona**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

A PUESTO A LA VENTA

La viuda alegre

Un poema de imágenes y de melodías inolvidables
que revive los viejos días del París galante.

Salpicado de ironía y de sentimentalismo,
trenza sus escenas entre la corte imaginaria
del pequeño reino de Marshovia y los discreteos e intrigas de las embajadas
parisinas, sin olvidar naturalmente,
el galante ambiente de Maxim's,
centro, por aquellos felices días
de toda galante aventura. ∞

Creación de los inimitables artistas.

MAURICE CHEVALIER

y

JEANETTE MAC DONALD

UNA PESETA

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanagues

Mickey Mouse
Los tres cerditos
Bimbo = Betty Boop
Juanito Milhombres
El gato Félix

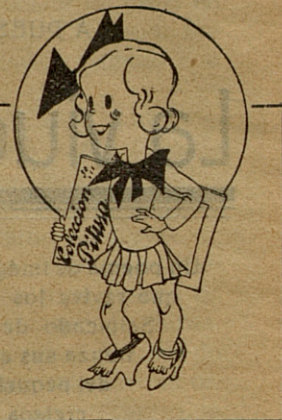
Cuentos infantiles

Nochebuena
Los Reyes Magos
Pitusa en el País de Jauja

Carnaval Infantil
Noche de Brujas (Betty Boop)
Milhombres cow-boy
La Cenicienta (Betty Boop)
Aladino o la lámpara
maravillosa

Fábulas

El león y el ratón
La cigarra y la homiga



30 céntimos
ejemplar

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel couché - 50 céntimos

BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Florelle.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell.
VERONICA (La florista)	Franzeska Gaal.
LUCES DE BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franzeska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIBELUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Keipura.
EL DIAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Eggerth.
QUICK MI CLOWN	Lillian Garvey.
SAGRARIO	Pamón Pereda.
AEROPUERTO CENTRAL	Richard Barthelmes.
DOBLE SACRIFICIO	John Barrymore.
CASADOS Y FELICES	Henry Garat.
EL PEQUEÑO GIGANTE	Edward G. Robinson.
TARASOVA	Tarasova J. Chulev.
RUMBO AL CANADA	Albert Prejeán.
QUE SEMANA	Adolphe Menjou.
ESCANDALOS ROMANOS	Eddie Cantor.
SATANAS	Boris Karloff.
EL MODO DE AMAR	Maurice Chevallier.
ILUSIONES DE GRAN DAMA	Kate de Nagy.
UN CRIMEN EN LA NOCHE	Madeleine Soria.
MASCARADA	Paula Wessely.
EL ARRABAL	Wallace Beery.
DESFILE DE PRIMAVERA	Franzeska Gaal.
EL TREN DE LAS 8.47	Acuaviva-Alady.
MIA SERAS	Mae Clarke.
MARIA LUISA DE AUSTRIA	Paula Wessely.
PELIRROJO	Robert Lynen.
PATRICIO MIRO A UNA ESTRELLA	Antonio Vico.
GUILLERMO TELL	Conrad Veldt.
REY DE REYES	H. Warner.
TURANDOT	Kate de Nagy.
IMITACION DE LA VIDA	Cl. Colbert.
DEDE	Albert Prejean.
SI YO FUERA EL AMO	Fernan Gravey.
CAUTIVO DEL DESEO	Leslie Howard.
ROSAS DEL SUR	Olga Limburg.
EN MALA COMPANIA	Fredric March.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.